

po en la tierra. El sentimiento tenía un nudo en mi garganta. Gané la distante sierra oyendo el resoplido de las bestias, que venteaban en la sombra la senda y «adivinaban» el camino, rodeado de vertientes horribles. Por fin toqué la más alta cresta. La luz de la mañana alumbró débilmente la lejana aldea, llena de mis alegrías y mis tristezas. Dí un adiós á aquel altar de mi niñez, que se «acristaló» á través de mi llanto, y traspuse la cordillera.

Ya estaba «dentro del mundo».

Sin preparación alguna, de pronto, inesperadamente, surgió ante mi deslumbrada vista un portentoso, «un prodigio azul», una maravilla soberbia; era el mar que se extendía cantando su gloria en el fondo de aquellos bastidores de montañas, y un pueblo de olas rodaba por su superficie amotinada, revuelto, espumarajante y trágico, y corría á estrellarse con desalentada furia en los peñascales. Mi corazón aceleró sus latidos á la vista de cosa tan grande.

Había yo visto el ritmo tipográfico de las líneas de una página de versos, y las olas, con su euritmia sonante, con su compás grandilocuente y magnífico, me parecieron versos también, versos del poema de Dios.

En las viñas, que en hileras interminables se extendían sobre los campos, creí ver también el ritmo, el verso, la armonía del mundo á la cual lo creía todo sujeto. Los árboles plantados á compás, las filas de dulces cañas, el telégrafo con sus palos á iguales distancias, el paso uniforme de las cabalgaduras, la

cadencia de las coplas que los arrieros entonaban en la carretera atestada de recuas cargadas con productos diversos, todo penetró en mis oídos como una armonía grandiosa, digna de la idea que yo acariciaba del mundo y de sus seres.

Fascinado por el canto robusto y valiente de la vida, ví pasar pueblos alegres delante de mis ojos, ví cruzar como relámpagos las atronadoras diligencias con los estrépitos y fanfarrias de su cascabelería loca y triunfal, oí acentos distintos, contemple variados semblantes, me llené de sagrado terror ante los barcos que surcaban las olas con sus turgentes velas al viento y percibí allá, del lado de la capital, un grave concierto de campanas que me hablaban de una sonada Babilonia, de algo desmesuradamente grandioso que se esfumaba en los límites de mi ensanchada y palpitante fantasía.

De pronto, entre aquel anchuroso río de bestias y cargas, cayó uno de los brutos más débiles, uno que llevaba más peso del que podía soportar. Tan extremado y mísero se hallaba, tan consumido por el excesivo trabajo y de tal modo se acusaba el engranaje de sus huesos á través de su piel en carne viva... que arrancó una carcajada brutal de cuantos le vieron caer en tierra.

—¡Eh, tú; aprovecha el esqueleto pa un guitarro! — dijo al dueño del animal caído un arriero que pasaba.

—Tápale la boca para que no se le vaya el espíritu.

—No le tires del jopo, que te vas á quear con él en las manos.

—Entónale un responso.

—El ha ganao; ¡angelitos al cielo!

—Con jerrangas y tó va á entrar en la gloria.

Todas estas frases de «miseri-cordia» fueron dirigidas á aquella fuerza que cesaba, á aquel impulso noble que caía; á aquel pobre animal explotado hasta hacerle dar bajo la carga.

El dueño que montaba en otra bestia, dijo:

—Lo quería apurar de una vez, y le eché tanta carga, que se le han quitado las ganas de vivir.

Y con la ayuda de varios hombres, fueron apartados carga y aparejo al caído y colocados sobre otra bestia que el dueño llevaba á prevención.

Al quedar desnudo el flaquísimo asno, redoblaron los aïmes y diretes.

—Ya puedes arrancarle la piel pa un mapa.

—Sí; aquella matanza, es América, la otra Sebastopol, la otra China, con llevar toas las partes del mundo encima, no ha poío con una carga de cajas.

De la chacota, pasaron los hombres que detrás venían, á los golpes de vara. Uno le dió dos palos con tal brío en la cabeza, que el animal hizo por huir de la muerte; otro hombre le cortó el hopo, y dijo que era para un relicario.

El dueño siguió adelante, sin cuidarse más del burro que de lo que en Roma estuviese pensando el Papa.

Súbitamente oyóse un gran tumulto que venía en medio de la marejada de gente; eran arrieros borrachos. Provisto uno de una larga calabaza llena de vino, que dijo era el hisopo, regó el cuer-

po del asno, y cantó con voz profunda y cavernosa:

—*¡Paier Nosler!*

*¡Dóminus bobisco!*—respondieron todos los hombres á coro.

Y empezaron á simular unas exequias.

—*¡E ni no sen du casi tentaciones!*

—*¡Se liberanos á malo!*

Y cayó sobre aquella pobre bestia, que había agotado su vida en provecho de la especie humana, la más espesa lluvia de palos y patadas.

—*¡Aparta infeliz!*

—*¡Exaude oracione mea!*

Nuevo aguacero de varazos, más recio y firme que el anterior.

El animal, en las ansias de la muerte, movía la cabeza como un péndulo, y sangraba por boca y orejas.

Pasado un instante, sacaron los arrieros los cuchillos.

—No,—dijo uno de los borrachos;—antes, vamos á atarlo con una soga á un carro pa que lo arrastre.

Y en menos tiempo del en que se dice, fué amarrado á un vehículo, cuyo dueño consintió en que fuese atado el moribundo, no sin abrir el bárbaro carrero, con una carcajada espantosa, la boca brutal y salvaje.

Entonces ocurrió una cosa imponente: al ritmo de una canción canallesca, entonada por trescientas gargantas roncadas, se precipitó el torbellino de hombres detrás de la carrera desatentada del carro, revolviendo en el aire las varas, poniendo los brazos en alto, al viento los torsos membrudos y revueltos en una tromba de polvo.

Rompióse la sogá de que iba amarrado el animal, y el tropel, por la impetuosidad del movimiento adquirido, pasó por encima de la víctima, en amontonamiento espantoso.

Yo caí revuelto con el torbellino, que, contra mi voluntad, me había arrastrado en la carrera.

El burro todavía respiraba.

Para acabar con él, levantó uno de los hombres la mano, armada de un largo cuchillo, y lo hundió en el cuerpo, hasta el mango.

El acto provocó una carcajada inmensa.

Ciego ya por la indignación más terrible, convulso hasta castañetear los dientes de coraje, tembloroso de piés á cabeza, y trepidando en un erizamiento nervioso, me arrojé, con mis quince años, en medio de aquel círculo de fieras y evité la segunda puñalada al animal que ya venía relampagueando por el aire.

—Si alguien vuelve á tocarle, tiene que matarme antes á mí.

—¡Ay el mocete!—exclamó el de la ensangrentada hoja, algo sorprendido. ¿Eres acaso pariente suyo?

—No; lo defiende para que no se quede usted huérfano.

Sentí que me daba con la cabeza el asno, y volví á él los ojos. El animal me lamía, con su lengua llena de sangre, los piés.

Sucedió entonces lo más extraordinario.

Al hallarme cerca de la bestia,

al tocarla, al hacerle, *por un movimiento de memoria mecánica de mis manos*. Las caricias que le había prodigado tantas veces al burro que yo crié en las faldas de mis montañas, el que estaba caído á mi lado se estremeció, lanzó un gemi lo con más expresión de dolor que pudiera lanzarlo uno de aquellos hombres salvajes, y me dirigió una mirada en la que parecían verse lágrimas.

—¡Caretó!—exclamé, reconociendo al pobre animal de mi aldea, el cual había reconocido en mí á su antiguo amo.

Sobreponiéndose en un último esfuerzo, á la muerte, casi logró alzarse de tierra, pero vacilaron sus patas endebles, dejó de ir un caño de sangre por una de las heridas, volvió á lamer mis manos, y murió.

Después, todo aquel río de gente siguió su camino hacia Málaga con la algazara y la alegría de quien va en una fiesta atronadora.

Este fué mi primer asomo al mundo, la primera impresión que de él recibí.

Y desde entonces, cuando caen en el surco de la vida un hombre que perdió su fortuna, un artista á quien hicieron dar en el polvo, un rey á quien se le cayó la corona, todo caído en suma, veo que con palos ó con piedras, con lenguas ó con plumas, corre á acabar con ellos el salvaje tropel de fieras humanas.

Salvador Rueda.

## Iberia la desconocida.

¿Quién lo creyera? Y así es en efecto. Nuestro país está por descubrir todavía; hablaba, no hace mucho, de ello con Unamuno.

Apenas si sabemos algo de la vida que en las ciudades se hace, y es la que sentimos á toda hora en torno nuestro, la que agita nerviosa junto á nuestro oído el ingrato sonajero de afanes, alegrías y penas. Diríase que á cada uno de los españoles le afecta un tan pequeño coeficiente de curiosidad, que no logra alterar en lo más mínimo el valor mental del individuo. Sin duda, vivir continuamente apostado en un observatorio, resulta inaguantable; estar, en cambio, siempre en Babia, es estúpido; de una matante estupidez de ostra, que desencuaderna.

Manifestábame hace días un amigo su sorpresa ante cierto pasaje de *Capuletos y montescos*, en el cual López Allué habla de los endemoniados que todavía hoy, con la esperanza de quedar libres de los malos espíritus, siguen en Jaca, por Santa Orosia, á la imagen de la Santa llevada procesionalmente.

Desvélanse los apóstoles de la ciencia positiva, en deducir la afirmación de epilepsia estudiando los endemoniados de Leonardo de Vinci, sin saber que tienen en nuestro país en un rincón del Pirineo, endemoniados de carne y hueso, viejo modelo, que ni los ingenieros militares, ni otra persona alguna de las ilustradas con que la plaza cuenta, han estudiado todavía, que yo sepa.

Hanme hablado también de pueblos enteros dedicados al pastoreo. Pueblos cazadores donde en vano se buscaría una persona que viviera de modo distinto; aldeas en que no se conoce la moneda ni les hace falta ninguna, teniendo usos y costumbres curiosísimos, dignos siquiera de la novela. ¡Qué menos!

Tener noticia de todo eso y hallarse atado á la corte, es un suplicio ante el cual el sufrido Tántalo perdería seguramente los estribos.

No sé qué hacen los jóvenes españoles independientes y ricos; es decir, lo sé; componer versos de doscientas sílabas á la luz alba que la luna refleja sobre la onda. Esto descorazona, mucho más, si se considera que la gloria sólida, la perdurable les aguarda á dos horas de tren y medio día en borrico, si saben profundizar, y ver, á su llegada.

Leyendo *La goletera*, el libro *cadet—tréscadet*,—de Arturo Reyes, he creído hallarme frente á gentes desconocidas, sectarios de aquellas religiones de Fenicia, Caldea y Asiria en que la sed ansiosa de sangre uníase á una sensualidad desbordante. Frente á personajes etruscos si se me permite la parificación.

Cada libro de autor regional que aparece—entre los cuales me complazco en citar *Isaac*, de J. Lasso de la Vega, una de las novelas más bellas y hondas, más sinceramente morales, y peor presenta-

das del año—es una sorpresa por el mundo nuevo que nos revela, sobre nuestro propio suelo.

Y tal vez no sean los escritores regionales los más indicados para descubrir á España. Podría acontecer que en ellos—y no va esto con Lasso—la popularización especial impuesta á su espíritu por el ambiente y la falta de flexibilidad, les impidiera ver los hechos colocados fuera del sector en que su temperamento reacciona, en cuyo caso los asuntos de sus obras serían siempre los mismos, idénticos los tipos, con la sola diferencia de los nombres y del estado social, é idénticos asimismo el tono y las ideas, como flautas de un solo agujero, incapaces de dar más de un sonido, así las hagan cuartos. Es un grave inconveniente de las observadores inequívocos.

Las ideas asociadas van siempre por el mismo camino, ahondando progresivamente el surco y haciendo cada vez más difícil al autor, su alejamiento de él.

No sé si será debida la indiferencia de los españoles para estas cuestiones, ó que nuestro país es pobre, y la pobreza—según dice Balgañón en *El código de los locos* por boca de uno de sus personajes—«despierta en el hombre el instinto de conservación y agota en su alma toda idea de amor». Así se explica que atentos sólo á nuestras cosas personales hagamos de una existencia que podía ser fecunda y brillante, una sucesión de horas perdidas en cuidados, sin más finalidad que nosotros mismos, en pequeñeces sin provecho.

Es un egoísmo espeluznante por lo injustificado. Si Mars Stirner llega á publicar en España aquel célebre libro *Der einzige und sein Eigenthum*, se hubiera hallado con que cada natural del país, era un prosélito más ó menos consciente de su catecismo individualista.

Tienen que venir dos extraños á decirnos lo que en casa tenemos. Hace algún tiempo fué Ives Guyot quien nos dió una lección económica.

Estos días he recibido un par de libros, también extranjeros, que hablan de nuestras cosas, y entre ellos, el de Ruben Darío *España Contemporánea*, fruto de una inteligencia bien nutrida, y que acreditada, dentro de aquello que el autor pretendía describir, aprovechó éste bien su tiempo durante su estancia aquí.

El antecedente de lo hecho por el Sr. Costa en sus investigaciones del colectivismo agrario en nuestro país, debía de animar á la gente joven. Con hartos menos talento que el derrochado por él en su gran obra, hecha sobre el terreno y recogiendo de pueblo en pueblo cuantos materiales le interesaban, podrían hacerse en España libros amenísimos y muy útiles, sin más que poseer una regular preparación de ciencias naturales, sociales, y conocimientos de derecho.

¿Quien será el Stanley, literario al menos, de esta pobre Iberia desconocida?

J. M. Llanas Aguilaniedo.

## La conquista del filete.

No me ha preocupado jamás la lectura de los periódicos tanto como en estos días, ni nunca me produjo impresión más honda y amarga. Las negras tragedias contadas por las trágicas plumas de los *reporters* apenas me inquietaron el ánimo; después de leer un artículo de Troyano, pude hacer mi digestión perfectamente. Ahora ha bastado una obscura y sencillísima gacetilla para que todos mis nervios se alboroten; dos líneas de humilde prosa han tenido más poder para sublevarme que un cuento *zoológico* de Fernández Bremón... Pero es que esas dos líneas encierran un verdadero horror, horror de tragedia ehegariana, que pone los pelos de punta y revuelve el estómago, como que en ellas se anuncia la subida de la carne.

Es la segunda vez en espacio de tiempo no largo que los tableros elevan el precio de su artículo. Pocos días há elevaron los panaderos el del pan; no mucho antes subían los carboneros el carbón, y subía el aceite, y subían las patatas .. Todo sube; todo lo que es en la vida elemento de primera necesidad, *materia prima*, se encarece; sólo decrecen y bajan los medios de adquirirlo, el trabajo y el salario, duplicando el malestar. La vida, dura y difícil siempre, se imposibilita; sobre la gente pobre pesa una amenaza de muerte... por consunción. ¿Puede darse mayor, más completo horror?

Todo ello, en esa horrible continuación de la subida de los precios, es deplorable y doloroso; deplorable que se eleve el precio del pan y del aceite; lastimoso que suba el carbón y las patatas, pero nada lo es tanto como la subida de la carne. Antes de ésta y de la otra subida, era ya tal artículo para los humildes manjar de día de fiesta, plato extraordinario en fecha de solemnidad en la familia ó regodeo para celebrar ingresos casuales en el presupuesto del hogar. En la vida ordinaria, cuando ningún suceso trascendental alteraba la pacífica vida del empleado, del obrero y del artista, apenas si se olía la carne en la pretendida substancia que huesos y faldas dejaron en el tísico cocido; pero alguna vez comíase la carne ensangrentada del filete, y este «reconstituyente» confortaba los estómagos y casi consolaba las tristezas del espíritu, haciendo olvidar en el hartazgo de un día los desmayos de una quincena.

Ahora será la carne manjar exclusivo de potentados, de burgueses y de frailes. Vosotros empleados, artistas y obreros, habéis perdido la probabilidad de alcanzarla; el filete no es de vuestro reino; resignaos con vuestras odiosas patatas, malas y caras.

A falta de filetes—¿qué remedio?—Buena será la bazofia insustancial de la comida del pobre, que ni nutre, ni alimenta, ni da una partícula de fibrina al bofo músculo, ni un glóbulo rojo á la sangre, ni un átomo de fósforo al cerebro. Con ella se prolongará la vida cuanto se pueda, lo cual vale tanto como prolongar la agonía. La ruina fisiológica que comenzó en la niñez, porque la leche de las

mamás maternas era agua pura, sostenida en la pubertad y en la juventud por un eterno déficit de hambre en el estómago, continuará su curso en rápido acrecimiento hasta terminar en un agotamiento doloroso, irremediable, fatal. que en el orden material presentará carácter de galopante tisis y en el intelectual los rasgos del idiotismo.

Políticos y sociólogos idealistas buscan sin descanso en los libros y en el caudal de su inteligencia, arañando torpemente en el cerebro propio y en el ajeno, la causa de nuestra degeneración y decadencia, fiándolo todo al espíritu, sin hacer ninguna concesión á la materia. Trabajo baldío, tiempo perdido sin fruto. Las causas están ahí, sangrando, en la vida; todo el proceso de la decadencia no ha sido originado más que por la falta de alimentación, y la misma falta la sostiene y fomenta; toda la intrincada ecuación del mal-estar social, en la cual jamás se quiere encontrar la incógnita del remedio, es un miserable problema de nutrición; la incógnita es esa odiosa carne que sube sin cesar y se pone por las nubes, condenando á la gran masa social á un continuo desmayo fisiológico. En esto hemos tenido el honor de coincidir como determina en el *Heraldo* Canalejas, burgués que se nutre con el más suculento solomillo, y yo, trabajador explotado, que apenas me entero de como y cuando digiere mi estómago las viles judías estofadas.

Está la causa bien demostrada. Un pueblo hambriento no puede ser un pueblo fuerte, ni siquiera un pueblo inteligente, sino se fortalece en buena nutrición la vida individual, pocos elementos podrá aportar ésta para la fortaleza de la vida común; un puñado de cuerpos desmayados no puede constituir más que un cuerpo social enfermizo, raquítrico, sin verdadera vitalidad. Y nuestro pueblo es un pueblo de grandes hambrientos, de miserables, condenada por toda la vida á incompleta alimentación, de mendigos que nunca gozaron la satisfacción de la vida segura, sin la inquietud del mañana. Nuestra decantada frugalidad, característica de la raza, es una consecuencia de ello; es que en el horno de nuestros estómagos no hay ya fuego bastante para la combustión, ni jugos que hagan digerir, y cuando comemos bien, ó vomitamos lo comido ó reventamos en un cólico válpulo como un cohete. ¿Comprendéis, pues, el horror de aquella humilde gacetilla, que anuncia la acentuación del mal, estremando la miseria, el ayuno y la decadencia?

Pudo creerse en otro tiempo con Renán que el dolor era el gran agente de la marcha del mundo y la inquietud el principio del movimiento; hoy no se cree en esa filosofía de burgués ahito, que cobra buena renta. Créese más bien que la inquietud es causa de desorden y el dolor agente de la desorganización y de la muerte. Más materialistas, pero más prácticas, por lo mismo, las generaciones de hoy, sin negar al espíritu nada de lo que le corresponde, creen que el agente del movimiento universal, es el placer, el placer de las necesidades satisfechas; sin esa satisfacción la marcha llegaría á

detenerse. La base del progreso es la vida segura; el porvenir se nutre del presente; la vida inerte de hoy dará la vida próspera de mañana.

Se nos acusa de atrasados en la vida intelectual, de ineptos para la gran labor del arte nuevo, de refractarios al ideal, y es injusto culparnos de ello; no puede ser de otro modo. En la evolución orgánica es bien sabido que el desarrollo material precede al intelectual, y si el cuerpo se constituye mal no podrá formarse mejor la inteligencia. En cuerpos famélicos no pueden albergarse inteligencias robustas ni grandes entusiasmos por el ideal, porque el hambriento no puede pensar más que en el pan que ha de aplacar sus hambres. Nutrid bien sus cuerpos y las inteligencias se desarrollarán lozanas y luminosas.

No hay derecho á injuriar al obrero de nuestros campos andaluces, por ejemplo, porque no es un obrero culto ni un obrero inteligente. Trabajador que gana dos ó tres reales, que trabaja de sol á sol y come garbanzos averiados, condimentados con borras del aceite, y negro y terroso pan, fabricado con desperdicios del trigo, no puede dar más que un trabajo rutinario, hecho casi sin discernimiento, como labor de bestias. Tampoco hay derecho para exigir á nuestros artistas, hambrientos distinguidos, obras perfectas, llenas de ideas, repletas de sustancia. Su obra ha de ser desmayada y fría, como fruto de inteligencia desmedrada que no encontró la nutrición necesaria en los cuerpos consumidos por la anemia; pero que no puede dar sustancia, sangre, fibra, que ni en la propia constitución no la tiene.

Y todo esto sin constar con que en la alimentación de las inteligencias hemos sufrido el mismo mal que en la alimentación de los cuerpos. La falta de *carne* dan su característica. Nuestros estómagos fueron abrumados con viles patatas que no dejaron en ellos sustancia ninguna. Nuestro pasto intelectual casi único fué triste bazofia, aderezada en los conventos.

La nueva revolución avanza y alborea. Lástima que se la desvíe de su camino, animándola con el *chin chin* del himno de Riego y limitando su objetivo á ideales de política de campanario. Han pasado ya los tiempos de las luminarias y de los himnos á la libertad, la igualdad y la fraternidad, que entusiasmaban á los españoles de antaño. La nueva revolución, que hará que tuerza su camino, será obscura y silenciosa, lucha sombría de luchadores prácticos; no se celebrará su triunfo con colgaduras y bombillas en los balcones, ni cantarán su victoria los poetas, porque sus ideales no son deslumbradores como aquellos fantasmas, sin realización posible en la vida, que encendían la sangre de los abuelos, sino positivo, materiales, oscuros por lo tanto. La lucha se encamina á la conquista de la vida, á recabar la seguridad del hogar, á dar satisfacción cumplida

á los estómagos para que la máquina fisiológica funcione sin retraso ni entorpecimiento.

Pero no debemos contentarnos con patatas y garbanzos, porque, no deteniéndose la ruina que garbanzos y patatas produjeron, la lucha no tiene objeto, y antes que emprenderla para fines tan mezquinos vale más tirarse en el suelo á esperar que la muerte pase á nuestro lado. Rectamente, ciegamente, deben dirigirse los esfuerzos á la conquista del *filete*, porque solo *él* dará la seguridad de la vida presente y sano cimiento para el porvenir. La regeneración material é intelectual solo á base de carne puede hacerse. ¡Sus... á la conquista! Si el salario no alcanza para el regenerador filete, se pide, si no lo dan, se toma... Y si nos da la humorada de escribir á la luz de las antorchas que alumbren la victoria nueva constitución, al frente de ella, como primero y principal deber, sería conveniente preceptuar: «Todo español mayor de edad queda obligado á ingerir un kilogramo de carne diariamente, sea como sea y tómelo de dondolo tome...» Á mí me está haciendo la mar de falta ese artículo...

León Roch.

## Del camino.

El sueño bajo el sol que aturde y ciega,  
 tórrido sueño en la hora de arrebol;  
 el río luminoso el aire surca;  
 esplende la montaña;  
 la tarde es bruma y polvo y fuego y sol.  
 El sibilante caracol del viento  
 ronco dormita en el remoto alcor;  
 emerge el sueño ingrare en la palmera  
 luego se enciende en el naranjo en flor.  
 La estúpida cigüeña  
 su garabato escribe en el sopor  
 del molino parado; el toro abate  
 sobre la hierba la testuz feroz.  
 La verde quieta espuma del ramaje  
 efunde sobre el blanco paredón,  
 lejano, inerte, del jardín sombrío  
 dormido bajo el cielo fanfarrón.

Lejos, en frente de la tarde roja,  
 refulge el ajimez del torreón.

¡Alma del moro, que la tierra verde,  
 florida, á sangre y hierro conquistó!  
 ¡Alegre son de lilibi moruno;  
 verde turbante, alfanje brillador!  
 ¡Senda de limoneros y palmeras!  
 ¡Soberanas lujurias bajo el sol!  
 ¡Dulce tañer de guzla solitaria,  
 que obscuro encanto lleva al corazón!  
 ¡Cosas idas presentes!... Con vosotras  
 fioja también la tórrida ilusión  
 de mi alma. ¡Salve, tierra, amarga tierra!  
 ¡Tierra de bruma y polvo y fuego y soll

H. Machado.

## LETRAS BRASILEÑAS

### La gacela.

Traducción de ANTHERINO.

Sobre un cojín de malvas y de rosas  
 duerme al borde del bosque sosegada  
 soñando la gacela. La alborada  
 besa suave las matas olorosas...

Sueña que en vasta sombra de mimosas  
 por cristalinas aguas esmaltada,  
 pace libre la tribu delicada...  
 sus compañeras ágiles y hermosas...

De pronto un grito la campiña agita  
 y, cual el rayo cae del alto cielo,  
 la pantera voraz se precipita.

Igual ¡oh Juventud, fuerte y briosa!  
 en tanto sueñas, sobre tí palpita  
 la Realidad ceñuda y sanguinosa.

Luiz de Guimarães.

## MANTEÑA

Un día fué...

Un día fué, ya muy lejano, en que viví la vida en delicioso oasis; en el suelo, tapizado con fino césped, levantaban sus corolas mil variedades de rústicas flores, de penetrante aroma; abundoso manantial de transparente linfa brotaba de las hendiduras de las peñas, á la sombra de añosos árboles.

¡Qué armonía de dulces sonidos! murmurar de las aguas, susurro de la brisa entre las hojas, gorjeos de las aves, suspiros de la mujer amada.

Qué placer tan grande asomarse á la orilla del arroyo, en aquel remanso que tenía por cercos ramilletes de flores azules, y, juntas las cabezas, ver cómo se reflejaban nuestros rostros en la tersa superficie y decir: esa es la dicha.

¡Qué amargura tan grande, qué dolor tan intenso pensar hoy así fué la dicha!

¿Cómo podré yo nunca asomar mi rostro pálido al borde de ningún arroyo de tranquilas aguas?

\*  
\* \*

Si pudiera desandarse el camino...

Si las aguas, remontando el cauce por donde descendieron, subieran de nuevo á la montaña.

Si fuese posible...

¿Y quién sabe los límites de lo posible?

Después del amargor supremo, después del morir, cuando perdiendo la individualidad el río desemboque en el Océano, nuevamente irán desprendiéndose las aguas en pequeñas partículas, asidas á un rayo de luz subirán á la altura, se juntarán en grupos vaporosos, ténues como vedijas de finísima lana; flotarán en el espacio á merced del viento, y serán nubes, y al llegar la aurora se vestirán de rosa y oro, durante el día llevarán la blanca túnica de todo lo que es virginal, y en el ocaso, reinas del cielo, se cubrirán con purpúreo manto.

Tierra adentro, por el espacio sin límites, las llevará el viento, subirán á las montañas y coronarán de plata las cimas más excel-sas; con los besos del sol tornarán á ser linfa pura, fuente que brota de las hendiduras de la peña, arroyo que desciende murmurando, pequeño lago de tranquilas aguas, donde podrán volver á reflejarse rostros dichosos... pero nunca más el mío, pero nunca más el mío y el de ella, pero nunca más tanta dicha como reflejaron al mirarnos nosotros en aquel remanso del arroyo que tenía por cerco ramilletes de flores azules.

\*  
\* \*

Todavía hay que caminar mucho, el término está lejano... ¡a qué aumentar las desdichas del presente con el recuerdo de las bienandanzas de ayer! A qué volver la vista al pasado, que nada es ya sino bruma, líneas indecisas, formas vaporosas, términos inciertos, lejanías esfumadas... lo que ya no es, ni puede volver á ser.

¡Si fuese posible!

¿Y por qué no? ¿quién sabe los límites de lo posible?

En lo infinito del tiempo, las diferentes combinaciones de los átomos necesariamente han de ser infinitas, y no sólo *pueden*, sino que *deben* reproducirse todas las formas que existieron y las que puedan llegar á ser y todas las combinaciones de formas.

Acaso con ritmo de precisión matemática en cada millón de siglos ó en cada millón de millones de siglos fatalmente, de un modo necesario lo que fué volverá á ser.

Aquellos mismos castaños seculares cobijarán bajo su sombra las mismas peñas, con la misma yedra amorosamente enlazada; allí mismo brotará la pura linfa de la fuente y un poco más abajo ha de formarse aquél remanso con el cerco de las flores azules de otros días, y en la tersa superficie de las aguas se reflejarán otra vez nuestros rostros, juntas, tan juntas las dos imágenes, que su blonda melena y mis negros rizos parecerán entretejidos, y los dos sonrientes, llevando en los ojos la luz divina del amor compartido, volveremos á decir mirando aquéllas imágenes:

Esa, esa es la dicha.

\* \* \*

El frío intenso de los espacios interplanetarios irá venciendo al calor solar.

El astro caduco se irá envolviendo en un sudario de sombras.

Las órbitas de los planetas se irán cerrando.

Y todo el organismo, que llamamos sistema solar morirá también como muere un sér gigante sí, pero sometido como todo sér á la negación que es la muerte.

Desde los lejanos límites de otros universos vendrán los planetas á juntarse en un centro, y del chocar violento de los planetas del trágico morir del sistema, surgirá el caos, la nebulosa toda fuego y fuerzas y movimiento y luz y nuevo sol, padre del mundo, antogenerador de la vida. Y en lo infinito del tiempo y en lo infinito de las creaciones, lo que pudo ser volverá á ser. El sueño durará cientos, millones de siglos, fracciones infinitesimales de lo eterno ¿qué importa todo ello! al fin aquel momento divino de la existencia, aquél supremo delirio del alma, aquella donación entera del ser simbolizada en un beso de amor, tendrá su ritmo y la eternidad me responde del feliz mañana.

Ya no hay sombras en mi mente y puedo caminar más de prisa, sin detenerme en mentidos oasis de fingidas dichas, y si luego á mirar mi rostro pálido en las aguas muertas á cuyo borde crecen agudas espadañas lejos de entristecerme, me alegra ver mis ojos sin luz y con el cerco cárdeno de los dolores humanos, me alegra ver mis labios comprimidos, me alegra ver mi calva frente. ¡Todavía son grises los cabellos! Felizmente luego serán todos blancos, ¡todavía no surcan mi rostro bastantes arrugas! en el charco próximo volveré á asomar mi rostro pálido y acaso ya me dé la grata nueva de que se acerca el término, de que llegamos al fin del penoso viaje.

El alma traspasa las fronteras de la carne y ya se extiende y abarca gran porción del espacio.... y voy dejando de ser hueso y carne y forma determinada, y no siento ni las asperezas del suelo, ni los rigores del frío, ni me hieren los cardos, ni entiendo á las gentes, ni siento el enojo de oírlas ni aun para compadecerlas ó menospreciarlas.

Y al borde del no ser, otro yo surge que no puede encerrarse en molde material ninguno, y es idea que abarca toda la extensión sin límites del espacio, toda la eternidad del tiempo y se confunde y penetra con el alma del mundo.

Gustavo Morales.

## Salutación á Leonardo

Maestro, Pomona levanta su cesto. Tu estirpe  
Saluda la Aurora. ¡Tu auroral que extirpe  
De la deferencia la mancha; que gaste  
La dura cadena de siglos; que aplaste  
Al sapo la piedra de su honda.

Sonrisa más dulce no sabe Gioconda.  
El verso su ala y el ritmo su onda  
Hermanan en una  
Dulzura de luna  
Que suave resbala  
(El ritmo de la onda y el verso del ala  
Del mágico Cisne, sobre la laguna)  
Sobre la laguna.

Y así, soberano maestro  
Del Estro,  
Las vagas figuras  
Del sueño, se encarnan en líneas tan puras  
Que el sueño  
Recibe la sangre del mundo mortal,  
Y el alma consigue su empeño  
De ser advertida á través del carnal y divino cristal,  
Los bufones  
Que hacen sonreír á Monna Lisa  
Sabén canciones